

COMENTARIOS

LA REINA DE LA MANCHA

La Mancha, la región hispana de tan gloriosa ejecutoria, ya tiene su Reina y es de tal categoría su soberanía que está a punto de extender su reinado á todo el territorio nacional, ya que se trata de una hegemonía estética, que es por cierto la que con fervor mayor acatan y reconocen los pueblos.

El lector, habrá advertido, sin duda, que me refiero á la señorita Emelia Carreño, de Alcázar de San Juan, elegida Reina de la Mancha para concurrir con otras bellezas regionales á la elección de la Reina de la belleza española que habrá de tomar parte en el concurso internacional que se celebra en París para proclamar á la Reina de la belleza de Europa en 1931.

Es temerario hacer la menor conjetura acerca del resultado de este previo concurso hispano que se suscita entre las bellezas regionales, porque á juzgar por los retratos que de ellas publica la prensa gráfica todas son dignas de ser proclamadas y no es absurdo pensar que el jurado para salir del aprieto en que se le coloca resuelva tan difícil «papeleta» por el ñeje y expedito procedimiento de echarlo á cara ó cruz.

No hay porque decir que nosotros apeteceamos de todo corazón el triunfo de la bella manchega no solo porque nos atañe más directamente ya que es de casa, sino porque á juzgar por el retrato y por lo que de ella nos cuentan quienes la conocen se trata de una preciosidad de dieciocho años «que se corta el pelo, que también es negro, pero lo tiene con un rizado natural que le dá á su preciosa melenita un encanto de verdadera muñeca».

Y sobre todos estos títulos de orden estético y por consiguiente, material hay uno de un enorme valor sentimental, cual es el que supone el hecho de que la señorita Emelia Carreño, es paisana de la singular Dulcinea del Toboso, espléndido sol de hermosura que infundió todo su honor y esfuerzo al glorioso caballero Don Quijote de la Mancha. Si este conquistó la inmortalidad para su Patria inspirado por la belleza de una beldad manchega del siglo XVI, otra beldad manchega puede en el siglo XX hacer ganar á España la victoria en un nuevo paso honroso internacional.

EUGENIO LÓPEZ-AYDILLO.

ALBUM POETICO

de La Voz del Distrito

SÉRENATA

Niña de los bucles de oro y ojos verdes como el mar, bajo tu ventana imploro que escuches este cantar.

Antes de que cierre el sueño tus párpados sonrosados y que el velo del ensueño cubra tus ojos cerrados; mientras la luna argentada brilla en el espacio azul, escúchame, recostada sobre tu lecho de tul.

Morena de negros ojos y limpio mirar, te ruego que sin enojos escuches este cantar.

Pronto de Morfeo el beso tus párpados cerrará y el amor con embeloso á tu lado velará.

Antes que el disco de plata luzca en todo su esplendor escucha esta serenata que te dedica mi amor.

En mi pecho se hundió tu mirada cual agudo y certero puñal y mi sangre dejó emponzoñada de un veneno puzante y fatal.

Desde entonces yo vivo en la muerte agobiado de pena y dolor resignado tal vez con mi suerte pero siempre pensando en tu amor.

En el alma yo traigo la herida que mi muerte tal vez causarás; y á su lado tu effigie querida aumentando mis penas está.

E. RENARD.

REPROCHE

Analiza tu vida, desdichado, y deja estar en paz la vida ajena, que la tuya verás de faltas llena si vuelves la mirada hacia el pasado.

Tu pobre corazón, depusperado, ni supo del amor ni de la pena; vivió con inquietud, como una liebre, por odios y rencores apesadado.

No mires con envidia el bien ajeno, que en la envidia es un sordido gusano que en el alma inocula su veneno.

Sé discreto, correcto y nunca vano. Si vives de pasiones siempre lleno, serás un infeliz y un mal cristiano.

A. CALOMARDE.

CANTARES BATURROS

¿Cómo has de tener güeno juicio si firmesa en lo que dices, si no te han pasau de chica por el manto de la Virgen?

Virgen del Pilar, no olvides que no podrian vivir ni España sin Zaragoza, ni Zaragoza sin ti.

Al arrojarse en sus brazos el Ebro le dice al mar: —no sé á qué viene ese orgullo si no has besado el Pilar.

Los Chisperos de Hogaño

—Pues como le iba diciendo á la señora condesa, resulta que mi marido lleva tres meses parao, que hemos tenido que ir tiránolo pa comer de lo que había en casa; hoy de una prenda exterior, mañana de las camisas mías, al otro de las mantas, y así, hasta quedarnos con lo puesto, en el cuarto, casi ¡vacío. Total, señora condesa, que en esa forma y mitad del invierno no hemos desfilao tós, sinceramente, con rumbo á la Necrópolis, por una de esas casualidades que se dan, pero estamos, lo que se dice en las últimas, y habiendo sabido por una vecina, la señora Dorotea, que la señora condesa ha socorrido á algunos pobres que acudieron á ella, porque la señora condesa tiene un corazón de oro y, además, hace estas limosnas en memoria de su esposo, falleció, según tengo entendido, hace dos años (Dios le haya perdonado al buen señor), fui y me dijo: «Na, Ramona, pilla el tole, sin pasarlo más, y preséntate á la señora condesa, que si á mano viene, te recibe y te echa una mano». Y aquí estoy porque he venido.

—Bueno, mujer, veremos lo que se puede hacer por ustedes... ¿Cuántos son?

—¡La mar y los peces! Mi marido, dos suegros, que tíe setenta y seis años, dos chicos pequeños, una chica de doce años, y la mayor, que ha cumplido el octubre pasado, dieciséis.

—¿Y de qué viven ustedes ahora?

—Ya se lo he dicho á la señora condesa. ¡De milagro! Una servidora asiste á las casas, y la Lola, ú sea la hija mayor, gana de aprendiz en un taller seis reales. Con eso y... un trapo atrás y otro delante (que es lo único que nos queda del guardarrropa), vamos tirando ¡Ustés, las señoras de la aristocracia, no pueden ni formarse idea de las fatigas que pasamos los pobres!

—Ides, sí, porque en los repartos de socorros, se ven hogares parecidos al de usted, donde falta todo...

—Bueno, pero misté, señora condesa, una cosa es verlo, y otra... pasar las negras, un día y otro día, este mes y el que viene.

—¡Ah, claro, claro!

—¡Toma, qué duda cabe! Ustés, últimamente, se abonan, como yo digo, á esas casas ande se vive en la miseria más grande, porque son ustés unas señoras caritativas y de buen corazón (¡Dios se lo pague!), pero... últimamente, acaba la visita, se meten ustés otra vez en el automóvil, bien abrigado, y ¡á casa, que luevel, á una casa donde sobra de tó, y no falta pa darle gusto al cuerpo. Piensan ustés, si á mano viene. ¡Pobres gentes que desgracias son! Pero, na más. En seguida, tien ustés otras cosas de qué ocuparse; que si la modista, que si las visitas, que si tomar el té aquí ó allá, que si el teatro, que si la manicura, que si el baño, ¿Es así ó no es así, señora condesa? ¡No ve usted que una servidora sirvió de doncella en muy buenas casas, cuando era joven, y por eso sabe la vidaja que se dan las señoras de categoría!

—¿De modo que usted ha servido de soltera?

—¡Ay, sí señora, y ojalá no hubiese cambiado de rumbo, pero ya sabe usted

lo que pasa, lo que somos las mujeres, que á lo mejor se enamora una como una tonfa y todo echa á rodar! A mi me hizo tilin, al que hoy es mi marido, y que entonces era, sin despreciar á nadie, era una «cosa seria» de hombre, y ¡pún! me casé á los seis meses.

—¿Tenia oficio su marido?

—¡Vamos, ya lo creol! Un esteroero mu aprovachao, y hasta que se nos ha torcido el carro, como yo digo, marchábamos muy bien. Además nos queríamos á perder, que digan lo que digan, es lo principal. ¿No la parece, señora condesa?

—Desde luego.

—¡Clar! Queríendose el matrimonio es lo mejor que hay. Ahora que cuando falta tó, lo que se dice tó, no se lleva el estósago con cuatro carañañas, ni se abriga una el cuerpo con unas terrazas. ¡Esto, también en verdad! Sin embargo, el cariño mútuo ayuda mucho á sobrelevar los malos trapos y las fatigas...

—Bien, mujer, y en concreto, ¿qué es lo que usted desea, aparte una ayuda momentánea?

—Pues miste, aparte lo que la señora condesa tenga voluntad de darnos, una colocación de lo que sea, de acomodador en algún «cine», de ordenanza en alguna parte, de... cualquier cosa. No es por que yo lo diga, pero en cuanto á formal, honrar y serio ¡habrá muy pocos como él! Si la señora condesa quiere le traeré documentos, la cédula y un certificado de buena conducta. Y pué informarse en la casa en que vivimos y en tó el barrio, ande nos conoce tó el mundo.

—¡Nunca hemos dao un escándalo, ni hemos tenido un juicio, ni nos hemos pegao como otros vecinos! Siempre en la mejor armonía, gracias á Dios, á pesar de lo mal que lo estamos pasando...

—Pues veremos cómo colocamos á su marido, y por ahora, ahí tiene para que les sirva de respiro...

—¡Cinco duros! ¡Mi madre, que buena es la señora condesa! ¡Dios se lo pague y se lo aumente pa que pueda seguir dando á los pobres, á los necesitados! ¡Que lástima, haberse quedado viuda la señora condesa, poseyendo ese corazón! ¡Y pobre señor conde, también, ¡Dios le haya perdonado!; iree de este mundo teniendo una esposa semejante!

¡Bien dicen que las penas alcanzan á tós, ricos y pobres!

—Bueno, no molesto más, ¡Muchas gracias, por el socorro. Esta noche rezaremos por que Dios le dé á la señora condesa mucha salud y para que tenga en su santa gloria al señor conde (que en paz descanse)! ¡Y á ver si me coloca á mi Felipe! ¡Por lo que usted más quiera, señora condesa! ¡Por la memoria del señor conde que debía de ser una bella persona, mejorando lo presentel! ¡Cuanto siento no haberle conocido! En fin; ya le he dejado al cristo la apuntación: ¡Ramona Pérez, calle del Salitre, solabanco, letra A.

Por si la señora condesa tíe que comunicarnos alguna cosa, ó quiere pasar-se alguna vez por allí.

—¡Tal vez lo haga dentro de unos días.

—¡Que sea pronto! No hay calefacción ni más asiento decente que una silla, pero ya le diré á la vecina de al lado, que nos preste una butaca y... el brasero. Un día es un día. ¡Y no es né el postín que nos vamos á dar!

CURRO VARGAS.